

# SALUDO AL POETA. A FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

POR

ENRIQUE MARINI-PALMIERI

Université de Paris III - Sorbonne Nouvelle

¿Qué partido tomar, don Francisco? ¿El de Hermógenes (la exactitud de los nombres es cosa de convención, al alcance de cualquiera)?, ¿el de Cratilo (la naturaleza da los nombres; a cada objeto su nombre exacto, uno, tanto para griegos como para bárbaros)?, ¿el de Sócrates (hablar es un acto y nombrar también, se nombran las cosas en acuerdo con su naturaleza y con la manera de nombrarlas)? Si consideramos que el uso del nombre, del signo, es arbitrario y no el signo en sí (como indica el partido de Hermógenes, y con él la lingüística estructuralista), nos estamos abriendo el camino que propone Sócrates: siguiendo al legislador –al *nomothetis*– que legisla sobre nombres, naturaleza, sonidos y sílabas disfrutaremos del gozo de las leyes del nombrar y de su eco sonoro en nuestra propia naturaleza. Gracias al poeta, legislador privilegiado, reuniremos el *saber hacer* con el *saber ser*. ¿Acaso puede ser de otra manera, don Francisco?

En una de las veces en que José Antonio Postigo y yo hablamos preparando esta mi participación, él me dijo desde Murcia: “Tienes los datos biográficos de Francisco, ¿verdad?”. Sí, respondí, y le recordé que ya me había servido de ellos para redactar aquella entrevista que le hice a nuestro poeta y que salió en *Iris* (Revista de la Universidad de Montpellier, Francia) en 1987.

Como me ocurre siempre, por aquello que los franceses llaman tan finamente “*esprit de l’escalier*”, es decir la lerdez que me caracteriza, más tarde pensé, sin embargo: ¿cuenta que se recuerden los datos biográficos del poeta? Para Sócrates, la morada del *nomothetis* es supraterránea: es que le debe de haber parecido que para decidir sobre la organización de los nombres de las cosas, de los signos,



y de su uso falta no hace el dar razón de unas señas postales ni de una partida de nacimiento. Yo diría que ocurre igual con el poeta.

Si poesía es creación, el poeta es el que, más que ninguno, a imagen del legislador, nos guía por el camino que lleva de los nombres a la esencia de las cosas, de la música a las vibraciones de lo infinito. Los legisladores viven entre nombres y sonidos, nombrando y componiendo, creando y compartiendo su creación. Crea, legisla y entrega. Como habitado y deshabitado:

*Deshabitado estoy, pero hubo un tiempo  
que un ángel hortelano, de frondosas  
y frutales alas, me llevó al soto  
del ruiseñor y al júbilo del mirlo. (1)*

La voz del poeta derrama, paradisiaca, nombres a borbotones, acelera el aliento y encabalga huerta, fronda, fruta, soto, ruiseñor y mirlo. Triste, el alma, hurtada a la mano del ángel que plasmó Salzillo, nos arrastra en un fluir de severos endecasílabos de su destierro al nuestro, porque: quién no perdió el gozo, adánico y edénico.

*(...) del árbol, de su fruta,  
de un paraíso donde había un río  
y de una pródiga acequia rica en savia.*

Y nos duele esa profusión de sabores, colores, frescura —no nos importa siquiera detenernos en los referentes, ni en la función simbólica que éstos vehicular: nuestra intuición de valores trascendentes recibe en vivos flujos la propia intuición de la voz del poeta que los descubre a su vez de manera especial—, nos duelen ese ritmo anhelante, los incisivos “hubo”, “anduve”, “me llevó”, mientras los “había”, “ofrecía”, imperfectos conativos, nos invitan a llorar frente al iterado y definitivo “estoy”, revelador del cambio.

Su paraíso es el nuestro: los nombres de la huerta murciana en la anécdota biográfica del poeta son también nuestros. Por ese sencillo milagro que reivindica Cratilo: los nombres son los mismos para griegos y bárbaros. Todos somos adanes cuando el legislador ha sabido encontrar el justo sonido del hablar justo y del nombrar exacto. ¿Tomamos el partido de Cratilo y de Sócrates, don Francisco?

---

(1) Ver FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA, *Antología poética*, Murcia, Universidad, 1990. De esta *Antología* tomamos todos los textos del poeta. El presente ensayo fue leído por su autor en la presentación de tal *Antología*, en el Aula de Cultura de Cajamurcia, el 5 de junio de 1990. En el mismo acto participaron Francisco Javier Díez de Revenga, Luis Jiménez Martos, Carlos Clementson y Antonio de Béjar, con la coordinación de José Antonio Postigo.



La tentación es grande: concebir la naturaleza de las cosas, nombrarlas con exactitud, ordenar los nombres, y así detener el curso del río heraclitiano para repetir hasta lo infinito las esencias.

*Deshabitado estoy, pero hubo un día  
que cálido, cordial, impetuoso  
anduve por la vida, siendo hermoso,  
lo que la edad sin tiempo me ofrecía.*

Mientras tanto, al lector sólo le resta soñar y recordar creando y recreando (en este orden) su propio poema, porque la tentación de imitar la voz que imita y nombra la exactitud natural y esencial de los signos, de los hombres es grande para el lector. A ello lo invita el encuentro que supone la lectura ideal, la del ágape amoroso de la literatura en su máximo exponente, la poesía. De allí este plural que nos reconforta y reúne a la voz del poeta, cuando dice:

*Mi origen genesiaco (nuestro origen  
de luz y sombra alzado) se revela,  
y el instinto me induce hacia el grandioso  
amanecer del mundo (...)*

Saludable y necesaria, la tentación que se concreta. Si el lector es universitario, que ésta se concrete es más que necesario y saludable. Fama del universitario en estos casos –utópica, a mi parecer, aunque siempre con un dejo despectivo– es la de desmenuzar el objeto estudiado al extremo de no dejar ni los huesos del desgraciado que cae entre sus manos.

Ya Sócrates indica (y me estoy refiriendo al diálogo platónico *Cratilo*, edición, comentario y traducción de Louis Méridier para las *Obras completas* de Platón en París, Les Belles Lettres, 1931) que le toca al dialéctico –el *dialex-tixon*–, el juzgar la obra del legislador, hablando a propósito de ésta. Si el lector ideal, privilegiado por el ágape en la intuición de misterios, se queda en el análisis meramente intelectual, el fruto será estéril, porque con decir que el signo es arbitrario o que su uso es arbitrario no se ha penetrado ni en la arbitrariedad natural o convencional del signo o del uso, ni en el resultado que produce esa arbitrariedad, es decir, el gozo del sentimiento que nace de la lectura. Y nuestra intención ha de ser siempre la de penetrar en el paraíso primero y esencia que anuncia la voz del poeta.

Que se me permita citar un caso extremo de esa especie de ceguera técnica. El que rememora el periodista y escritor inglés Julián Barnes, autor del ensayo-novela *El Loro de Flaubert*, en una entrevista (*Le Figaro*, 26 de marzo de 1990, p. 24). Afirma aquí que su libro sobre Gustave Flaubert, “amigo entrañable”,



fruto es de una cuenta pendiente que saldar con Enid Starkie, respetable señora profesora de Oxford, especialista del autor francés. Para escándalo del entonces estudiante Barnes, Starkie se detenía horas en detalles baladíes. O volvía baladíes a aquéllos que cualquier lector más o menos dotado de juicio podía descubrir en su verdadero sentido, por lo general nada baladí. Cualquier lector, menos, parece, la tan poco dotada profesora.

Tamaña mezquindad intelectual chocaba al aficionado a Flaubert, tanto más chocante cuanto que Starkie, dice Barnes, se ganaba la vida, sin mostrar el menor respeto hacia el objeto que para ello le servía —Flaubert en este caso—, y emitía juicios que como máximo traducían desde su mirada miope esa misma condescendencia con que las “personas poco delicadas pueden conducirse con una pariente anciana: vives en su casa, de su dinero, pero esperan impacientes que llegue el día en que la dueña de casa pase por fin a mejor vida”.

En el fondo, la labor de un universitario sería la de dar cuenta de una obra como la daría un lector ideal cualquiera. Ya que su razonamiento pone al lector y a la obra frente a frente de manera que se reúnan en mayéutico encuentro. Es decir, habría que abrir el camino al entusiasmo por la obra, partiendo de la encrucijada del *saber hacer* y del *saber ser*. De nada sirve la creación si no sirve para revelarnos a nosotros mismos.

En 1978, por encima de los 13.000 kilómetros que separan a París de mi ciudad natal, la tibia madrugada de un agosto lluvioso me trajo la terrible, definitiva, y en este caso eufémica frase: “Tu padre ya no está”. ¡Algo entonces más que imprevisible, don Francisco!

En 1985 descubría yo su “Elegía”. Desde entonces le debo el haberme dado la voz que es suya, el haberme permitido llorar de veras, más profundamente aún que aquel día del terrible anuncio. Y, como también, cuando leí en otro poema: “Hubo un dios lar que tuteló mi canto”, supe que ya no estaba solo fuera del Paraíso. Dice la “Elegía”:

*Ahora, padre mío,  
no me llevas contigo a los frutales  
de la humilde heredad, ni me señalas  
el fruto arrebolado  
como fuego incipiente entre las hojas  
de los verdes haldares de los árboles.*

La voz del poeta elige cadencias del endecasílabo melódico; con dos pies quebrados heptasílabos dactílicos que repiten como un eco las sílabas tónicas del verso de arte mayor y que imprimen al canto de esta primera estancia la honda respiración que invoca y actualiza al objeto del dolor filial. Sencillo y público en su economía de metáforas, este sentimiento se desgarrar por la desnuda antítesis de



esos hombres del paraíso genésico: frutos, arreboles, árboles —aquí los verdes regazos son así los ancestros que Víctor Hugo canta en su *Légende des siècles*; con árboles de vida, cosmos vivientes, regeneradoras verticalidades como en Leonardo da Vinci; nexos del mundo que facilitan la ascensión a los cielos, como en Ezequiel e Isaías (31, 2 y 8-10; 14, respectivamente), encrucijadas entre lo subterráneo (raíces), lo superior (la copa) y lo horizontal (ramas inferiores y tronco)—, ¡esdrújulos, fundamentales y emblemáticos!

La voz del poeta nombra y engendra el misterio absoluto que se esconde en el propio seno de la vida: el de la muerte. (Jung dice que el árbol es de vida, y madera de muerte por servir, ahuecado, como féretro). Cuando todo vive, él —ese “padre mío”— ya no vive. Así, la ausencia definitiva tiñe todo lo que adorna la humilde heredad, tierra heredada y paraíso perdido, en el que hoy resuena la voz del poeta, sola. Y con la de él, la nuestra. Sola.

“Heredad” implica herencia. La voz del poeta-hijo recibe vida y muerte al mismo tiempo, la ambivalencia esencial tiñe no sólo al paraíso perdido sino al futuro: nada es igual después de la muerte del padre. Lo que se ha heredado, se transmitirá más tarde. Hay un después como hubo un antes. Tal es el flujo de ríos y acequias de esa huerta que es el mundo. Ese mismo flujo alimenta el “Caudal de la memoria”. Heráclito fluir en el que somos padres e hijos, y así seremos siempre porque

*Es la memoria el único asidero  
al que acudimos cuando ya el presente  
nos limita el futuro, y un ardiente  
y enfermizo deseo es lo primero  
que engaña este optimismo pasajero,  
pues se sabe que el tiempo omnipresente  
borrará en la memoria más consciente  
el recuerdo más vivo y lisonjero.*

Para que el pensamiento se complete corre aquí raudo el aliento. Un solo soplo, que en su carrera contra el olvido atroz, habiéndose detenido apenas un instante, desborda sobre el segundo cuarteto de este soneto, y concluye luego enunciando el absurdo peligro que consiste en no intentar el romper cadenas de un “presente”-“futuro” limitado. Y corremos a sumirnos en lo “omnipresente” del heráclito río.

Cada palabra nombra la esencia viva y natural, cada objeto vibra en su exacto encuentro. Retumban con eficaz limpidez los icónicos epítetos en binomios: “asidero”-“primero”, y “pasajero”-“lisonjero”. En total juego de antítesis se oponen y se responden, resuenan con atávicos enigmas “presente”-“ardiente” y “omnipresente”-“consciente”. La fuerza del tiempo vencido en su propia fluidez por la



magia del orden que eligió nuestro legislador vierte lo que se llama poesía, verdadera: esta poesía mucho más que invitarnos simplemente a seguirla, nos roba a nosotros mismos. Y henos aquí sumidos en el alma del manantial que mana de esta *Antología poética* que hoy festejamos

*Entremos más adentro; comprobemos  
si el pájaro es el mismo y si en su trino  
nos trae la libertad, de luz y el aire.*

Para usted, don Francisco Sánchez Bautista, este mi saludo.

